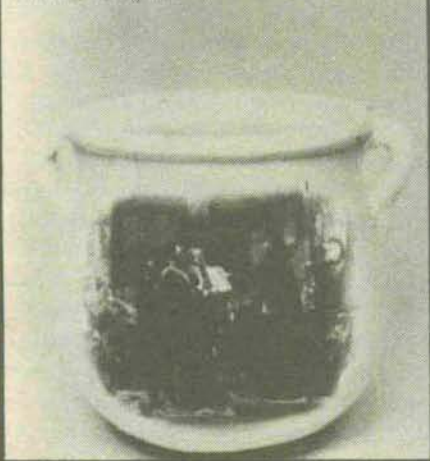


Nuevas calas a la Restauración

José Varela Ortega
Los amigos políticos
Partidos, elecciones y caciquismo en la
Restauración (1877-1900)
Alianza Universidad



Los amigos políticos

Alberto Castilla

LA Restauración fue el primer gran intento conservador de establecer un sistema político estable en la España del siglo XIX y de crear un consenso entre los partidos de derechas. Antonio Cánovas, verdadero artífice de la Restauración, desmontó la mecánica de los pronunciamientos, redujo, de hecho, el pluralismo político a los dos grandes partidos, Conservador y Liberal, sobre los que fundó las bases de apoyo a sus sistema, perfeccionando la fórmula de relevo en el poder y sumió en ellos, aceptándolos como amigos, a todos aquellos que aceptaron la monarquía restaurada.

LOS amigos políticos, de José Varela Ortega, doctor por las Universidades de Madrid y Oxford, guiado por maestros de tan indiscutible solvencia como Raymond Carr o Romero Maura, y financiado por múltiples organismos universitarios, culturales y oligárquicos, ha escrito un estudio amplio, pormenorizado y profundo de este periodo histórico de España, del establecimiento de la Restauración, así como de los hechos previos que sirvieron para consolidarla.

En el estudio de los antecedentes inmediatos y de las fases de preparación y asentamiento de la monarquía, destacan en el libro una vasta y esclarecedora exploración de hechos, tales como los esfuerzos del Partido Moderado para alzarse con el poder; la resistencia de Cánovas al regreso de la monarquía con un pronunciamiento; su oposición al renacimiento de Moderados y Constitucionales; la creación del nuevo Partido Conservador como un conglomerado de facciones que aceptaron la monarquía, junto a la gradual neutralización de los Moderados; y la constitución del nuevo Partido Liberal, con la fusión de facciones dispersas y la subida al poder de Sagasta.

El autor plantea un sistemático y bien argumentado examen de la gestación y alternancia de los dos

grandes partidos dinásticos que, como observa Varela, «quedaron separados menos por principios que por apetitos». En aquel tinglado político, correspondía a la Corona, como mecanismo que controlaba y distribuía el poder, evitar que el partido gobernante se perpetuara y que el otro partido, desplazado al ostracismo, pudiera volver a la antigua práctica de los pronunciamientos. Cánovas consiguió con ellos, sin duda, un largo período de relativa estabilidad política y orden social, aunque para ello tuviera que impulsar y fortalecer el poder de la Corona frente al principio de soberanía nacional y sacrificar, por consiguiente, la posibilidad de establecer una verdadera democracia.

Mientras en la Corte, Conservadores y Liberales se alternaban «pacíficamente» el poder, en provincias y en las zonas rurales el control se hallaba en manos del jefe local, en el cacique. Varela Ortega ha estudiado con gran profusión de detalles y despliegue de una documentación de mucho interés el sistema de pactos y acuerdos entre caciques, facciones y partidos, y el desarrollo y perfeccionamiento de la estructura caciquil ya existente. La Restauración se convirtió en la corrupción organizada y jerarquizada. Los caciques impusieron su ley en ciu-

dades y en el campo, daban trabajo a los respetuosos y serviles e ignoraban a los que se oponían. «Los gobiernos —afirma Varela— estaban dispuestos a ceder parte de su poder como administradores en beneficio del uso y abuso de la organización local del partido», lo que ocasionaría la hipoteca de la Administración que «hasta cierto punto se encontraba sin duda feudalizada por caciques que la manipulaban para sus propios fines». El libro proyecta también nueva luz al debate entre proteccionistas y librecambistas; en la lucha entre la burocracia que detenta el poder estatal y entre los grupos políticos que deseaban, vanamente, participar en la Administración; en la reacción de las facciones marginadas, como la de los trigueros castellanos y la indiferencia de la clase política para atender sus demandas.

Varela Ortega trata de situar y explicar el canovismo encuadrado en su contexto político-social. «En tanto que toleró un caciquismo organizado, la canovista fue indudablemente una solución conservadora que desmontó otra revolucionaria y hasta destruyó la posibilidad de una democrática; pero que también frustró una contrarrevolución y fue baluarte frente al pronunciamiento de partido y el autoritarismo caudillista». En este sentido, el libro evidencia un esfuerzo

por evitar la demolición de la figura de Cánovas y por situarlo en un «justo medio», en la tensión entre una izquierda democrática y una derecha intransigente y agresiva, la de los Moderados; una explicación de Cánovas y la Restauración como alternativa a los propósitos ultraderechistas de estos últimos; una revisión del canovismo en la que la imagen del político («arruinó esperanzas contrarrevolucionarias, trayendo una restauración conciliadora»), aparece menos reaccionaria, más dulcificada de la que entre los estudiosos de esa época suele circular.

Insiste para ello el autor, que la Restauración no se basó en una represión sistemática, que la represión se mantuvo siempre a niveles muy bajos, conclusión aceptable si se analiza aquel período desde la experiencia del franquismo. Pero que a otros niveles menos mediatizados por esta vivencia histórica, se nos hace difícil compartir.

Una de las formas típicas de represión es, precisamente, la de prevenir hechos, interfiriendo, con una o varias acciones, el desarrollo natural y necesario de las cosas. Visto así, y a la luz del conjunto de trabajos más serios sobre este período (incluido ya el del propio Varela, en el que se podrían subrayar multitud de ejemplos), es evidente que la estabilidad política alcanzada fue debida a la aplicación de un sistema esencialmente represivo y antidemocrático con el que Cánovas, figura mucho más conocida por lo que preveía que por lo que pudo conseguir, evitó cualquier tipo de participación del pueblo español en la dirección y control de su propio destino. De hecho, la Restauración fue una incesante sucesión de medidas y de actos represivos, encaminados a obstaculizar, a servir de freno formidable y sistemático a la revolución y al progreso social. Presentemos como ejemplo uno de ellos, el de los orígenes del nuevo Partido Liberal, tomado de **Los amigos políticos**: «Debemos guardarnos de menospreciar la importancia de la fusión. Significaba el logro de otro de los requisitos canovistas en el camino de la estabilidad política; esto es, el desplazamiento de la izquierda hacia el centro, en

virtud de que el nuevo Partido contenía algunas facciones con fe dinástica. El Partido Liberal constituiría, además, la mejor muralla frente a las inclinaciones revolucionarias de la izquierda; después de todo, «la fusión se había hecho para evitar la coalición; es decir, la revolución». Porque buen número de políticos dinásticos tenían la certidumbre de que no habría revolución en España mientras se lograra impedir la coalición entre los grupos dinásticos de izquierda y los republicanos».

En sus argumentos y conclusiones insiste también el autor en señalar la indiferencia, la abulia del pueblo español (respaldada por citas de generacionistas), justificando en parte la organización del sistema canovista por la «desmovilización política existente», por la «indiferencia ciudadana». Explicación que consideramos insuficiente si no se exploran sus posibles causas. Porque, en nuestro concepto, nunca fue característica del pueblo español la de ser indiferente o apático. Ahí están, por ejemplo, la resistencia impuesta a la invasión extranjera, en el XIX, o la resistencia al fascismo, en el XX. Y dentro del período que nos ocupa, ahí están los contingentes de emigración, numerosos en aquellos años, especialmente los de los campesinos meridionales hacia el norte de África (principalmente hacia Túnez y Argel) y las de las gentes del noroeste, que siguieron la ruta de América; emigración que ya no cesaría de interrumpirse hasta nuestros días, y que ha hecho posible tantos «milagros» en otros países. Siempre que al español se le ha amordazado, se le ha impedido cualquier expresión de rebelión o de protesta, su último gesto, silencioso, pero aún de rebeldía, ha sido el hecho migratorio. Además, y evidentemente, Cánovas supo esperar a recoger los restos de un país muy castigado por las guerras colonial y civil, por las rebeliones cantonales de la I República, por la experiencia de una revolución de aliento democrático, fracasada, por el creciente deterioro de la situación económica, capitalizando el desgaste, el cansancio, el sentimiento de fracaso de esos años. En realidad, en la España de Cánovas, una España

de partidos oligárquicos y facciones rivales, de caciquismo y corrupción, un individuo surgido del pueblo tendría que haber poseído características heroicas para tener derecho a un puesto a nivel de la burguesía o, simplemente, para alcanzar un significativo ascenso social. El pueblo no tenía salida. Se hallaba completamente aplastado por los poderes oligárquicos y autoritarios. En esas condiciones el inmovilismo, la indiferencia o la apatía funcionaban como un mecanismo de defensa, final de un proceso de lucha sobrehumano, agotador y estéril. Cerrada a doble vuelta de llave la posibilidad democrática, antes que servir a una burguesía explotadora y parásita, el pueblo, como en tantos otros momentos de su historia, o escogía el camino de la emigración —forma última de rebeldía—, o se liaba la manta a la cabeza, echándose a dormir, quizás por ese dicho de que «en mi hambre mando yo», lo que explicaría su actitud al sentirse humillado y desposeído de sus derechos como ciudadano.

Apreciaciones éstas que en nada disminuyen el respeto que, en su conjunto, este libro de José Varela Ortega nos merece. Porque no es frecuente leer un trabajo histórico tan fundamentado, con tal acopio de fuentes, con tanta diversidad de textos y de documentación inédita: Memorias, archivos, despachos diplomáticos, documentos privados hasta la fecha inaccesibles, todo ha sido sometido al escrutinio ávido y riguroso del investigador. Sus objetivos de ayudar a entender un poco mejor la naturaleza del poder y el funcionamiento del sistema político de la Restauración, de desvelar los fundamentos políticos del régimen y el funcionamiento del sistema electoral y la estructura del poder local en Castilla, se han alcanzado plenamente. Entendida la historia no como vía de conocimiento hacia una verdad inmutable, sino, como enuncia Adam Schaff, como proceso incesante y abierto en la acumulación de verdades parciales, **Los amigos políticos** supone, sin duda, una importante aportación que añadir a otros trabajos y que resulta ya imprescindible para cualquier seria indagación en la historia española de ese período. ■ A. C.